

---

---

## ACTO PRIMERO

---

Sala modesta en la casa de D. Luis. Puerta al fondo y laterales. A la derecha un sillón, á la izquierda un bufete con papeles, libros y periódicos; arriba de la puerta del fondo un reloj de sala. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

D. LUIS Y MARIO

*El segundo escribiendo y el primero sentado en un sillón.*

*D. Luis* Mario, hijo mío, es tarde;  
deja el trabajo y descansa;  
si es que no te precisa  
puedes terminar mañana.

*Mario* *(aparte.)* ¡Mañana! si no concluyo  
esta noche, en nuestra casa  
faltaré lo necesario  
para él y para mi hermana.  
Es fuerza que nada sepa.  
*Dirigiéndose á D. Luis y levantándose.*  
Sí, padre, ya terminada

está la tarea de hoy.

*D. Luis* Con esa tenaz alarma  
en que me tienes. . . . .

*Mario* ¿Por qué?

*D. Luis* ¡Toma! porque no descansas.  
Por el día en el despacho;  
de noche escribiendo dramas  
y artículos de periódicos;  
y ¡qué periódicos! . . . . .vaya;  
de oposición al gobierno,  
para que si éste se cansa,  
el día menos pensado  
te mande aprehender, y. . . .

*Mario*

Calma

padre, su noble cariño  
exagera. Escribo dramas  
por gusto. Soy periodista  
por convicción, y en el alma  
tengo energía bastante  
para el trabajo. Desgracia  
sería que por temores  
ó fatiga, nos faltara  
la subsistencia. Dejemos  
esto. *Con cariñosa solicitud*  
ya usted en la cama  
debía estar hace tiempo,  
sabiendo cuánto le daña  
el relente de la noche.

*D. Luis* En efecto; pero falta  
á mi espíritu intranquilo,  
esa indispensable calma,  
que no interrumpa del sueño  
la paz.

*Mario*

¿Y por qué le falta?

*D. Luis* ¿Lo sé yo acaso? Mas siento  
ese cansancio del alma

que ya busca los umbrales  
de la celeste morada.

Lo siento, Mario, por tí;  
por Lorenza, ¡Desdichada!  
por sus hijos: porque os dejo  
tiernos pedazos de mi alma,  
en este mundo de penas  
que el corazón me desgarras.

*Mario*

*Conmovido:*

¿Morir usted, padre mío?  
¡Oh, no! no es tiempo: sus canas  
no se hundirán en el polvo  
del sepulcro, de la nada,  
antes que pueda yo verle  
visitar su amada patria,  
y bañarse en los fulgores  
del bello sol de su España.

*D. Luis*

Mario, por Dios, no alimentes  
esa idea que me halaga  
y ha sostenido mi vida  
que se extingue, que se acaba.  
¡Tú sabes bien, hijo mío,  
que ésta ha sido mi esperanza;  
ir á mi Cádiz hermoso,  
y entre las olas de plata  
de la mar, que en mi niñez  
dulcemente me arrullaba,  
evocar recuerdos gratos,  
de mis padres, de mi casa.  
Llevaros conmigo á todos  
á visitar la morada  
do yacen seres queridos  
cuya ausencia llora mi alma  
sin haberles vuelto á ver,  
que es ya bastante desgracia.  
Después, Mario, volveríamos

á esta mi segunda patria  
donde tu madre me amó  
con una ternura santa;  
donde nacisteis vosotros  
y donde mi mundo se halla.  
Pero si somos tan pobres,  
que sólo con esto basta  
para decir ¡imposible!

*Mario* Pero yo digo ¡esperanza!

*D. Luis* *Con acento triste.*

¡Esperanza! bella idea  
con que se vive y se pasa  
una vida en que esperamos  
lo que de llegar no acaba.

*Mario* ¿Qué fuera, padre, del hombre,  
si en la vida no esperara?

*D. Luis* Los jóvenes, hijo mío,  
esperan siempre el mañana.  
Los viejos ya no esperamos  
sino la eterna morada.  
Y aunque fuera realizable  
lo que tu deseo aguarda,  
con mi vejez achacosa  
y los males de tu hermana,  
ese viaje es muy difícil.  
Es una quimera.

*Mario* *(Aparte.)* El alma  
me llenan de cruel angustia  
sus presentimientos.

*D. Luis* Basta.

Dejemos, Mario, los viajes  
y hablemos de cosas gratas  
para tí. ¿Cómo se encuentran  
los asuntos de tu alma?

*Mirándolo con maliciosa benevolencia.*  
¿Caminan bien tus amores, ¿eh?

*Mario* *Tratando de disimular.*

¿Mis amores?

*D. Luis* ¿Qué te extraña?

*Mario* Sí... porque yo nada sé  
de lo que usted, padre, me habla.

*D. Luis* Vamos; ya veo que evitas  
tener en mí confianza.  
Todo lo sé por Lorenza.

*Mario* Indiscreta.

*D. Luis* No; tu hermana  
no puede serlo conmigo;  
y amándote como te ama,  
se interesa por tu dicha.  
y de ella siempre me habla.  
Me ha dicho que tu elección  
la satisface, la agrada:  
que la mujer pretendida  
por tí, es una joven guapa,  
llena de prendas morales,  
que te comprende y te ama.  
¿Por qué más tiempo negarme  
tu cariñosa confianza,  
si mi único anhelo ha sido  
ver tu existencia enlazada  
á la de una buena esposa  
que siempre dichoso te haga?

*Mario* *Profundamente conmovido.*  
¡Padre!

*D. Luis* *con ternura.*

Cuando á Dios elevo  
las oraciones de mi alma,  
con tierno fervor le pido  
no me lleve á su morada  
hasta que ver pueda yo  
junto á mis débiles canas  
una cabecita rubia  
botón de rosa temprana

y fruto tierno y querido  
de unión amorosa y santa.  
Cierto, que ya Dios me ha dado  
en los hijos tu hermana  
las ternezas, las dulzuras  
que á los abuelos halagan.  
Pero á mi anhelo de padre  
las de tus hijos le faltan,  
que quieres, es un capricho  
de este pobre viejo.

*Trémulo de emoción*

¡Gracias!

*Mario*

Con tan inmensa ternura  
obliga usted mi confianza.  
Sí, padre, es verdad; yo adoro  
á esa mujer, con el alma,  
me quiere como la quiero;  
y cuando de usted me habla,  
se conmueve y me repite  
con efusión, que le ama  
y cree que será para ella  
un buen padre.

*D. Luis*

No se engaña.

La querré como á mi hija:  
mi anhelo será mimarla.

*Mario*

Siempre bondadoso

*D. Luis*

Vamos.

¿Me adulas?

*Mario*

No.

*D. Luis*

¿Y qué te falta?

Abrevia, Mario, tu dicha.

*Mario*

Bien quisiera yo abreviarla.

*D. Luis*

¿Y qué te lo impide?

*Mario*

Padre;

nuestra posición.

*D. Luis*

¡Bobada!

si ella te quiere deveras,  
aunque riqueza te falta,  
te sobra honradez, trabajo,  
y la grandeza del alma  
que sabe llenar con celo  
sus deberes. Esto basta.

*Mario*

Sí, pero ella. . . .

*D. Luis*

Para mí. . . .

Mario, no hay pero que valga.  
Tú llámale pan al pan  
y al vino, vino le llama.  
¿Hay en ustedes amor,  
pero amor que no se engaña?

*Mario*

Yo lo creo, padre mío,

*D. Luis*

Entonces. . . .

*Mario*

Sí. . . .pero. . . .

*D. Luis*

Nada. . . .

si os amáis, yo te respondo  
de que el oro no hace falta.

*Animación creciente.*

los amantes sentimientos  
que dos cariños enlazan;  
la dulzura que nos brinda,  
la tranquilidad del alma,  
y las dichas que se tienen  
dentro de la pobre casa,  
donde arde el fuego sagrado  
del amor de la esperanza  
donde hay cariñosos hijos  
y una conciencia sin mancha;  
valen más, te lo aseguro,  
que todas las pompas vanas  
del gran mundo que nos roba  
la paz y la fe del alma

*Pequeña pausa. Mario se inclina re-  
flexionando.*

Cuando tú, Mario, eras niño,  
 tuve fortuna, no escasa,  
 y muchos años vivimos  
 en posición desahogada.  
 Revoluciones, negocios  
 malos. . . . Por fin, la desgracia,  
 acabó con la riqueza;  
 lo sabes. Pobreza amarga  
 vino después de aquel tiempo:  
 pero el trabajo, y la santa  
 bendición que trae consigo,  
 y que la frente no mancha,  
 á mí y á tu madre dieron  
 más venturas en el alma,  
 que aquellos días de fausto  
 que tristeza nos dejaban.

*Cambiando de tono.*

Eres pobre: ¿ella lo sabe?

*Mario* Sí, padre, lo sabe.

*D. Luis* ¿Y te ama?

*Mario* Ya lo he dicho; juramentos  
 mi vida á su vida enlazan.

*D. Luis* Si ella tiene el alma noble,  
 Con eso, Mario, te basta.

*Llaman á la puerta y Mario va á abrir.*

## ESCENA SEGUNDA

### DICHOS Y GILBERTO

*Mario* Adelante, tú, Gilberto:  
 con cuánto afán te esperaba.

*Gilberto* *Dirigiéndose á D. Luis.*  
 Señor D. Luis.

*D. Luis* ¡Oh! Gilberto,  
 tanto bueno en nuestra casa.

*Gilberto* Nunca puede usted negar  
 finura tan extremada.

*D. Luis* Lo que de decir acabo  
 no es cumplido, es lo que el alma  
 siente por el noble amigo  
 que honra nuestra morada.

*Gilberto* Gracias, D. Luis, ¿y Lorenza?

*D. Luis* Más grave que ayer se halla.  
 Mucho por su vida temo.

*Gilberto* ¿Tan rápido el mal avanza?

*Mario* Muy rápido. Si la vieras.

*D. Luis* Como es usted de confianza,  
 le dejo solo con Mario,  
 y me voy á acompañarla,  
 ¿nos veremos luego, nó?

*Gilberto* Sin duda, pero entretanto,  
 sírvase usted saludarla.

*Váse D. Luis y Gilberto lo acompaña  
 cortesmente hasta la puerta.*

## ESCENA TERCERA

### MARIO Y GILBERTO

*Gilberto* Y bien, Mario, ¿es la verdad  
 lo que dices de Lorenza?

*Mario* Preciso es que me convenza  
 de la triste realidad,  
 muy pocos días de vida  
 le quedan á la infeliz.

*Gilberto* ¿Por qué no dices feliz  
 si termina la partida?

*Se sientan*

Quien de la vida se aleja  
 por buen sendero, es dichoso,  
 porque este mundo azaroso

- porque otro tranquilo deja.  
*Mario* La razón lo dice así,  
 pero el sentimiento no.  
*Gilberto* ¡Dios sabe por qué nos dió  
 esas dos cosas aquí!  
*Mario* El sentir y el razonar  
 no están en oposición.  
*Gilberto* Pero siempre al corazón  
 debe el juicio dominar.  
 Una mártir es tu hermana,  
 para quien ha sido el mundo  
 piélago amargo y profundo  
 de nuestra miseria humana.  
*Mario* Es verdad: tienes razón;  
 mucho ha llorado y sufrido.  
*Gilberto* Su existencia es un gemido  
 que lastima el corazón:  
*Mario* Desde el día en que su esposo  
 la abandonó, sufre tanto  
 que para ella no hay encanto  
 en la vida, ni reposo.  
*Gilberto* Razón de más para que  
 descanse de tanta pena.  
*Mario* Si la vieras, está llena  
 de resignación.  
*Gilberto* Lo sé.  
 ¿Pero creas que muera?  
*Mario* Sí.  
*Gilberto* Entonces á tus cuidados  
 esos niños desdichados,  
 vivirán como hasta aquí.  
*Mario* Dudarlo sería ofensa.  
*Gilberto* Mi pregunta no te asombre,  
 pues tiene cambios el hombre  
 el día que menos piensa.  
*Mario* ¿Me crees villano hasta el punto  
 de abandonarlos?

- Gilberto* ¡Oh, no!  
 yo que te conozco, yo  
 sé por qué te lo pregunto.  
*Mario* Esa duda. *Seramente.*  
*Gilberto* No te ofendas.  
 Soy yo tu mejor amigo,  
 y lo que ahora te digo  
 quiero que tú lo comprendas.  
*Acerca un poco su asiento al de Mario.*  
 Tú amas á una mujer  
 con quien te piensas unir:  
 ¿ella querrá consentir  
 y veces de madre hacer  
 con unos hijos ajenos  
 que acaso no puede amar,  
 porque los llegue á encontrar  
 imprudentes. . . . cuando menos?  
*Mario* Si me ama como lo creo,  
 no encuentro el inconveniente.  
*Gilberto* Ten, Mario, siempre presente  
 que yo tu dicha deseo,  
 y esto el derecho me da  
 para hablarte con franqueza.  
*Mario* ¿Dudas de Carlota?  
*Gilberto* Empieza  
 por decirme la verdad.  
 ¿La amas mucho, y ella á tí?  
*Mario* *Con entusiasmo.*  
 Pregunta al sol si te alumbra.  
*Gilberto* Es que el sol tiene penumbra  
*Mario* No la tiene para mí.  
*Gilberto* Mucho asegurar es eso  
 en asuntos amorosos.  
*Mario* Los que amando son dichosos. . . .  
*Gilberto* Viven en un embeleso  
 Que el día menos pensado  
 acaba sin qué ni cómo.  
*Mario* Excéptico eres.

- Gilberto* No; tomo  
al mundo cual lo he mirado.  
¿Qué harías tú, si mañana  
Carlota se resistiera  
á que con ella viviera  
la familia de tu hermana?
- Mario* Duro es el caso.
- Gilberto* Si á fe.  
Mas no por esto, remoto.
- Mario* Sabes, Gilberto, que noto  
en tu acento, no sé qué.
- Gilberto* Notas la duda, es verdad;  
y aunque sin razón fundada,  
digo á tu alma enamorada  
que tema la realidad.
- Mario* Pero con esto me hieres  
en mitad del corazón.  
La duda es un agujón.
- Gilberto* Que no te hará mal, si quieres.
- Mario* ¿Cómo?
- Gilberto* Probando hasta donde  
Carlota puede quererte.  
Hazte grande, y hazte fuerte,  
y si en su pecho se esconde,  
la doblez tras el cariño,  
al ver que el poeta se vuelve  
filósofo, que resuelve  
lo que no hace el hombre niño,  
tendrá que verse obligada  
á probar su abnegación,  
y con esa noble acción  
tu dicha está asegurada.
- Mario* *ve el reloj y se levanta, imitándolo  
su amigo.*
- Mario* En breve ya pensarás  
de muy distinta manera.

- Gilberto* Te juro que lo quisiera.
- Mario* Pronto te convencerás.
- Gilberto* Bien, pero entretanto, escucha;  
Don Julián desea hablarte  
mañana, para indicarte  
que da principio la lucha.  
Próxima ya la elección  
para el futuro congreso. . . . .  
necesitas. . . . .
- Mario* De esprofeso  
escritos de sensación.  
Ya lo sé. Pronto «El Oriente»  
á luz los dará, Gilberto.
- Gilberto* *Siempre con su tono de excepticismo.*  
Predicarás en desierto,  
ante un partido potente.
- Mario* ¿Qué importa? Cuando hay firmeza  
en el alma, y convicciones. . . . .
- Gilberto* *Irónicamente.*  
Hay denuncias, hay prisiones,  
y se arriesga la cabeza.
- Mario* ¿Y si se triunfa?
- Gilberto* ¡Locura!  
El poder es el poder.  
Por otra parte un deber  
de caridad y ternura  
te obliga, Mario, á cuidar  
tu vida, que hoy es sagrada  
para tu familia, y nada  
se la puede compensar  
cuando le falte tu abrigo.
- Mario* *Desconcertado.*  
No me tortures el alma.
- Gilberto* Es que te hablo con la calma  
con que hablar debe un amigo
- Mario* Tú ves todo negro. . . . .
- Gilberto* Sí

*Mario* porque tengo experiencia.  
Me decepcionas.

*Gilberto* ¡Paciencia!

Todo en el mundo es así.  
Si á impulso de tus ideas  
te lanzas al océano  
de la política, en vano  
obtendrás lo que deseas.  
Un hombre, dos, un millar,  
que formen la oposición,  
son gotas de nubarrón  
que absorve agitado mar.

*Mario* *Con noble arranque.*

¡Es tan bello conseguir  
el ideal que se sueña,  
la dicha que nos diseña  
la fe de lo porvenir! . . . .

*Gilberto* *Entre irónico y sentencioso.*

Es muy hermoso; cabal,  
que séres sin pan ni techo,  
sintiendo angustiado el pecho  
mueran en un hospital,  
porque el hijo y el hermano  
que les daba pan y amor,  
quiso tener el valor  
de derrocar á un tirano. . . .

*Mario* *Aterrorizado.*

No prosigas; te lo ruego.

*Gilberto* ¿Verdad que el cuadro es fiel?

¿Te atemoriza?

*Mario* Por él;

por Lorenza. . . . .

*Gilberto* Dirás luego.

que yo no tengo razón. . . . .

*Mario* ¿Pero mi honor y mi nombre?

*Gilberto* Nada, Mario, hay para el hombre  
como un noble corazón.

Escribe dramas, poesías;  
Adquiere honores, laureles,  
cúbrete con oropeles  
que te ofrezcan alegrías.  
Goza en ficticios amores:  
haz todo lo que te cuadre,  
menos pedir á tu padre  
sacrificios y dolores.

*Llaman á la puerta. Mario va á abrir;  
penetra un criado y le da una carta.*

## ESCENA CUARTA

### DICHOS Y CRIADO

*Criado* ¿Espero contestación?

*Mario* No; vete, yo la enviaré.

*Váse el criado.*

## ESCENA QUINTA

### MARIO Y GILBERTO

*Mario rompe el sobre precipitadamente,  
lee, pintándose la satisfacción  
en su rostro.*

*Desde el fondo; Gilberto distraído.*

*Mario* ¡No sé cómo contendré  
tus latidos, corazón! . . . .

*Avanza y da la carta á Gilberto.*

Lee, y dí si al escribir  
esta carta una mujer



se pueda obcecado creer,  
que sepa amores fingir.

*Gilberto lee un instante para sí.*

*Gilberto* Esto, Mario, puede ser  
un arranque de lirismo.

*Mario* Sigue y mira el heroísmo  
que te has negado á creer.

*Gilberto vuelve á leer.*

Basta, que ya no interesa  
lo demás, ¿te he convencido?

*Gilberto (Aparte.)* Si me fuera permitido  
decirle todo.

*A Mario.* Con esa

carta que respira amor,  
abnegación y ternura,  
fuera hoy una locura  
querer disipar tu error. ....  
Perdona; no es la palabra;  
no es error lo que te ciega,  
es algo que aún no llega,  
pero qué hoy tu dicha labra.

*Mario* ¡Hoy!

*Gilberto* Es claro. Del mañana  
¿quién te puede responder?

*Mario* La lealtad de esa mujer.

*Gilberto* Lealtad que podrá ser vana.

*Mario* Gilberto; tu obstinación. ....

*Gilberto* Es una voz preventiva,

*Mario* Voz que el aguijón aviva  
en mi pobre corazón.

*Gilberto* Yo te vuelvo á repetir;  
olvida que eres poeta  
y al recto juicio sujeta  
tu manera de sentir.

Me voy aunque antesquería  
pasar á ver á Lonza.

*re Trata de irse.*

*Mario* Dime algo que me convenza  
de tus dudas.

*Gilberto* Otro día,  
mañana, después, cualquiera  
ocasión que se presente,  
iluminará tu mente;  
adiós. *Yéndose.*

*Mario* No, Gilberto, espera,

*Gilberto* Es muy tarde; hasta mañana.

*Mario* ¿Pero me dejas así? . . . .

*Gilberto* Piensa que velo por tí  
y escúsame con tu hermana.

*Váse.*

## ESCENA SEXTA

### MARIO

Acaso esa duda cruel  
es un error de Gilberto.

*Reflexionando.*

y si por desgracia es cierto,  
que ha mentido y es infiel. ....

¿Pero entonces dónde hay fe,  
que nuestras almas aliente,

si no nos es suficiente

lo que se palpa y se ve?

¿Ya no hay en la sociedad  
pureza de sentimientos?

¿Todo ha de ser fingimiento  
con máscara de verdad?

¡Por Dios que al pensar así  
siento perder la razón!

¡Corazón mío! ¡Corazón,  
cuántas luchas hay en tí!

*Se sienta abatido. Elisa entra por el fondo sin ser vista. Se detiene en la puerta, dice al criado que la acompaña algunas palabras en voz baja; aquel se va y Elisa avanza dirigiéndose á Mario.*

## ESCENA SÉPTIMA

MARIO Y ELISA

*Elisa* Mario; ¿por qué está usted triste?  
*Mario* *Levantándose sorprendido.*  
 ¡Ah! Elisa. Perdone usted.  
*Elisa* ¿Qué le pasa?  
*Mario* No lo sé.  
*Elisa* Es original el chiste  
 no saber lo que uno tiene. . . .  
*Mario* A veces nos pasa así.  
*Elisa* A usted será, porque á mí. . . .  
*Tratando de cambiar conversación.*  
*Mario* ¿A ver á Lorenza viene?  
*Elisa* Sí, recibí su recado  
 y aunque algo tarde he venido.  
*Mario* Gracias. La pobre ha tenido  
 un día muy cuitado.  
 Ha querido ver á usted  
 con un verdadero afán.  
*Elisa* ¿Y Don Luis?  
*Mario* Juntos están.  
*Elisa* ¿Despiertos?  
*Mario* Tal vez. . . .no sé.  
*Elisa* La preocupación que advierto,  
 en usted, Mario, me alarma.  
*Mario* Elisa, es que tengo el alma  
 convertida en un desierto.  
*Elisa* ¿En desierto?

*Mario* Sí.  
*Elisa* ¿Por qué?  
*Mario* Porque á la vez dudo y creo,  
 y en mi redor solo veo  
 sombras que anublan mi fe.  
*Elisa* *Tomá asiento.*  
 Vamos á ver, ¿qué le pasa?  
*Mario* Nada le debo ocultar  
 De este profundo penar,  
 que mi corazón traspasa.  
 Usted que es noble, sincera,  
 y siente cual siento yo,  
 Dígame si sabe ó nó  
 que Carlota no me quiera.  
*Elisa* *Aparte.*  
 La pregunta me esperaba.  
*A Mario*  
 Aunque Carlota es mi amiga,  
 quizá lo que yo le diga  
 no es lo que usted deseaba.  
 Ella me habal de su amor  
 raras veces, pero en ellas  
 me dice cosas tan bellas.  
 que debe ser un error  
 en el corazón de usted  
 esa duda que le asalta.  
*Mario* *Mirándola fijamente.*  
 A usted franqueza le falta  
*Elisa* No; le digo lo que sé.  
 ¿Cómo decir otra cosa  
 cuando acaso no hay razón?  
 Si al menos el corazón  
 pudiera verse. . . .  
*Mario* Dichosa  
 nuestra existencia sería  
 porque la verdad brillara,  
 conociéndose en la cara

*Elisa* quién amaba y quién fingía.  
*Aparte.*  
Vale más que así no sea  
para que ignore que le amo.

*Levantándose.*  
*Lorenza* me espera. Llamo  
á usted si ella desea  
salir de su alcoba; ¿no?

*Mario* *Levantándose.*  
¡Ah! sí, me olvidaba yo.  
Usted vino á recordarme  
obligaciones sagradas.  
Vamos, Elisa.

*Elisa* *Prudencia.*

*Mario* No verán en mi apariencia  
mis luchas desesperadas.

*(Al llegar á la puerta aparece Lorenza,  
andando trabajosamente.)*

## ESCENA OCTAVA

LORENZA, ELISA Y MARIO

*Elisa* Perdona si retardé  
mi visita, ¿estás mejor?

*Lorenza* Como siempre. . . . Este dolor. . . .  
*(Señala el pecho).*  
esta fatiga. . . . no sé. . . .

*La colocan en un sillón.*

*Lorenza* Respiro con más franqueza.

*Mario* Pero haces mal en salir.

*Lorenza* Es que no puedo sufrir  
de mi alcoba la tristeza.  
No sé por qué me parece  
Su atmósfera tan pesada.

Como estaba acostumbrada  
á salir, hoy me entristece  
no hacerlo, ni estar contigo  
trabajando.

*Mario* *Ya estarás,  
y muy pronto. Ya verás.*

*Lorenza* Si es que el alivio consigo.

*Mario* ¿Dudas?

*Lorenza* Si Dios lo quisiera.

*Mario* ¿Y por qué no ha de querer?

*Lorenza* Porque esta pobre mujer  
es necesario que muera.

*Elisa* No quieras entristecerme. . . .  
No lo pienses.

*Lorenza* *El sufrir  
es quien habla.*

*Elisa* ¿Tú morir?

*Lorenza* Debo, Elisa, convencerme.

*Mario* *(Aparte.)* ¡Cuál me conmueve su estado!

*Lorenza* ¿Y mis hijos?

*Mario* Duermen ya.

*Lorenza* ¿Entrada la noche está?

*Mario* Ha tiempo las diez han dado.

*Lorenza* Si pudiera yo dormir,  
acaso menos sufriera.  
*Mario, acércate; quisiera  
mucho poderte decir;  
pero estoy tan débil ya. . . .*

*Elisa se enjuga los ojos y se aparta para  
dejarlos hablar. Lorenza toma para  
hacerlo el tono propio de una enferma  
en sus circunstancias.*

Escúchame, sin embargo,  
pues quiero hacerte un encargo  
que tu lealtad cumplirá.

*Mario* Habla. ¿Qué quieres?